

# Venezuela, Surinam, Jamaica y Uruguay: relevancia de los partidos políticos para la democracia, ayer y hoy

Natascha Adama<sup>1\*</sup>

---

## Resumen

El postulado de que los sistemas bipartidistas son más estables es negado por las crisis políticas habidas en Uruguay y Jamaica en las décadas de 1960 y 1970. Los sistemas multipartidistas de Venezuela y Uruguay, en cierto momento histórico, acomodaron la realización de pactos y alianzas políticas aparentemente improbables, que en tiempos de crisis llevaron a la fragmentación del panorama político y a profundas crisis de liderazgo que continúan determinando la sociedad de hoy. Este artículo sostiene la hipótesis de que los sistemas bipartidistas tienen mayor propensión a la estabilidad política debido a que la agregación de demandas se concentra entre dos contendientes principales y a que las posibilidades de pactos políticos se ven limitadas. La hipótesis mencionada será explorada mediante el examen de: 1) la relevancia de los sistemas de partidos para la democratización, en general y en los casos de Jamaica, Uruguay, Surinam y Venezuela; 2) el papel de los partidos en los países mencionados durante y después de las crisis políticas, y su capacidad para re-equilibrarse y ajustarse ante las presiones del cambio social.

**Palabras clave:** Sistemas políticos, sistemas de partidos, teorías políticas, democratización, liderazgo político

## Abstract

The postulate that two party systems are more stable is negated by political crises in Uruguay and Jamaica in the 1960s and 1970s. Multi-party systems in Venezuela and Suriname have at a certain point in history accommodated pact-making and seemingly unlikely political alliances that in times of crises led to fragmentation of the political landscape and profound leadership crises that continue to determine society today. This paper hypothesizes that two party

---

<sup>1\*</sup> Académica visitante del Instituto Nacional de Investigación sobre la Esclavitud y el Legado de la Esclavitud, de los Países Bajos, en el Centro de Estudios de América Latina y el Caribe de la Universidad de Duke, de Carolina del Norte, EUA. Versión al español de Xiomara Peraza Torres y Gustavo Ernesto Emmerich.

systems have greater propensity for political stability because the aggregation of demands is concentrated between two main contenders and because of limited possibility for political pact-making. The aforementioned hypothesis will be explored by examining 1); the relevance of party-systems for democratization in general and in the four cases Jamaica, Uruguay, Suriname and Venezuela ; 2) the role of the parties in the aforementioned countries during and after the political crises, and their ability to re-equilibrate and adjust under pressures of social change.

**Keywords:** Political systems, party systems, political theories, democratization, political leadership

## Introducción

Los sistemas de partido en Sudamérica son reflejo de experiencias históricas: el caudillismo (Uruguay y, en menor grado, Venezuela) y la economía de plantación y la esclavitud (Surinam y Jamaica). Nuevas concepciones de modernización y desarrollo económico determinaron la democratización después de la Segunda Guerra Mundial. Estas concepciones establecieron las bases para ampliar el derecho al sufragio en Surinam y Jamaica, así como para los acuerdos de compartición del poder en Surinam (*Verbroedering*<sup>2</sup> y Venezuela (Pacto de Punto Fijo). El contraste fundamental entre el desarrollo de los sistemas de partidos en Europa y Sudamérica es que la revolución industrial apenas se asomó a esta última. Desarrollos políticos importantes, relacionados con la industrialización, la modernización económica y la redistribución del capital, abrieron la puerta a nuevas batallas y fracturas que impulsaron una reorientación de los intereses y de la política. Al inicio del siglo XX, movimientos de trabajadores y partidos socialistas cambiaron permanentemente los escenarios políticos de Europa Occidental. Los partidos pasaron de ser estructuras de tipo cártel a ser partidos de masas sostenidos por afiliados cotizantes, que les daban tanto una base popular como la necesaria legitimidad (Mair, 1990). En contraste, la ausencia de movimientos socialistas o de trabajadores con una amplia base en Sudamérica dio lugar a la creación de partidos políticos que, a pesar de la expansión del sufragio, permanecieron con estructuras tipo cártel y con fuertes tendencias elitistas y corporativistas. En tal contexto político, el

---

<sup>2</sup> *Verbroedering* (neerlandés) o política de confraternización: tiene como significado político la cooperación étnica de los dos más grandes partidos, VHP y NPS, entre 1954 y 1967. Esta cooperación fue resultado conjunto de deliberaciones pragmáticas y de estrategias electorales para maximizar cambios en el poder del gobierno. El primer estudio hecho al respecto en 2006 concluyó que la *Verbroedering* era una cultura política que se ceñía a ciertas reglas no escritas, las cuales establecían cómo las diferentes contrapartes debían comportarse dentro del ruedo político. Otros estudios sobre la política surinamesa escriben exclusivamente sobre el aspecto de la *verbroedering* que se relaciona con la etnicidad. Ver, por ejemplo, Sedney, 1997; Breeveld, 2000.

---

margen para la creación de nuevos partidos se hizo bastante pequeño; las redes y los vínculos con la sociedad más amplia permanecieron confinados a ciertos círculos. Mair (1990: 4) escribe que “la consolidación de los partidos de masas, de hecho, garantizó la estabilización de la democracia de masas”.

Las experiencias históricas de los sistemas de partidos sudamericanos explican por qué el sistema tradicional está vacío de una ideología política bien definida, como en Surinam y Venezuela, o bien está formado por partidos situados aproximadamente en el mismo lugar dentro del espectro político izquierda-derecha: en Uruguay, los tradicionales partidos Blanco y Colorado son de derecha, y en Jamaica el Partido Nacional Popular (PNP, por sus siglas en inglés) y el Partido Laborista de Jamaica (JLP, igualmente por sus siglas en inglés) son de izquierda

Este artículo plantea analizar las diferencias entre los sistemas bipartidistas y multipartidistas en Sudamérica, a fin de determinar cuál de estos dos tipos de sistemas de partidos tiende más a proporcionar una base óptima para la consolidación democrática. El texto intenta explorar los mecanismos de compartición del poder, de representación y de agregación de demandas, con el objeto de analizar cuál tipo de sistema de partidos promueve más la estabilidad política.

*Fundamentos teóricos: multipartidismo y bipartidismo, ¿diferencias bien definidas?*

Los trabajos de Duverger (1954) y de Sartori (1976) sobre los sistemas de partidos y su relevancia para el panorama político tienen fuertes correspondencias con las sociedades occidentales (europeas), donde el establecimiento de los sistemas partidistas dependió de las formas en las que las fracturas políticas fueron resueltas. Según Duverger (1954: 287), los sistemas bipartidistas surgieron en sociedades donde los partidos socialistas atrajeron sus bases de sindicatos y movimientos de trabajadores con débiles tendencias dogmáticas, reformistas o revolucionarias. El multipartidismo, por otro lado, surgió de casos en los que una sociedad tenía que afrontar una serie de antítesis mutuas, rivalidades, facciones y divisiones que no podían ser confinadas a la esfera de dos partidos duales (Duverger 1954: 259). Sartori (1976: 317) escribe que el número de partidos existentes en una arena política es un indicador bastante preciso de la estructura y del funcionamiento del sistema político, porque describe la dispersión o la concentración del poder, el grado de fragmentación política o la interacción entre partidos. El postulado de Sartori es más general y comparado con Duverger conserva poco del paradigma ideal-típico weberiano; puede, por ello, ser más fácilmente puesto a prueba en la realidad empírica de los sistemas de partidos sudamericanos.

---

El presente estudio *presume* que mientras mayor sea el número de partidos en un escenario político, más complejo será el sistema y, por tanto, más complicado será afrontar asuntos como el reparto del poder, la representación de intereses y la agregación de demandas. Basado en esta presunción, este artículo argumenta que los sistemas bipartidistas son intrínsecamente más estables. Para vencer el peligro de caer en un discurso político basado en principios duales o en la idea de que la sociedad está organizada de acuerdo a la antítesis del blanco y negro, este documento no sostiene que los sistemas bipartidistas son lo que Daalder (1966: 8) llama la norma política manifiesta. Este artículo quiere conocer si los sistemas partidistas *pur sang* tienen la cualidad de mantener el equilibrio político, organizar a los ciudadanos, adaptarse a los cambios de la sociedad, minimizar la amenaza de que fuerzas desleales tomen el control, y atraer a los votantes por medio de ideas programáticas para reducir la pobreza y crear empleos. La diferencia entre sistemas bipartidistas y multipartidistas es, en este caso, sólo un indicador de cómo se manifiestan las fracturas en una sociedad específica y cómo ellas son expresadas por los partidos políticos.

Sartori (1976: 319-321) considera que la exploración del multipartidismo es mucho más compleja porque es imperativo averiguar cuáles partidos son relevantes para la formación de coaliciones, cuáles son suficientemente fuertes y grandes para atraer apoyo electoral sustancial, cuáles son capaces de determinar o influenciar la creación de políticas públicas, cuáles tienden a ejercer coerción o a intimidar a pesar de su tamaño. Las reglas para contar los partidos relevantes darán respuestas esenciales a la pregunta de cómo funcionan los sistemas multipartidistas. En mi opinión, tales reglas ayudarán a buscar variantes contrastantes entre los sistemas de partidos de Jamaica, Surinam, Venezuela y Uruguay, dado que las mismas reducirán el riesgo de considerar a los sistemas multipartidistas como una mera superposición de varios dualismos (Daalder 1966: 88).

Este artículo analizará la dispersión y/o la concentración del poder con base en los resultados electorales de las últimas dos décadas y en datos y tendencias empíricos que podrían indicar desequilibrio político en los cuatro países. Abordaré las siguientes preguntas: ¿Cuál es el papel del sistema de partidos dentro de un marco democrático y cuán grande es su capacidad para impulsar la maduración democrática y expurgar las fuerzas desleales? ¿Es un sistema de partidos capaz de perseguir la moderación programática, de estimular y sostener la estabilidad política y económica, y de fortalecer las arenas democráticas? (Linz y Stepan, 1996; Diamond, 1999; Welzel e Inglehart, 2008). ¿Puede asumirse que los partidos son instrumentales en la consolidación de la democracia? Y si es así, ¿cuáles son los pasos necesarios que deben dar los partidos para ampliar los derechos de los ciudadanos o para abrir las filas partidarias a los nuevos miembros?

---

Antes de continuar la discusión sobre los sistemas de partidos quiero abordar primero el papel de los partidos en la democratización. Muchos académicos que han escrito al respecto subrayan la importancia de los partidos políticos para el fortalecimiento de la democracia (Linz y Stepan, 1996; Levitsky y Cameron, 2003). El argumento de que los partidos son fundamentales para la consolidación de la democracia se basa en la premisa de que ellos organizan a los ciudadanos, integran sus demandas y crean programas basados en ideologías. Los partidos funcionan por la existencia de premisas normativas y sistemas de pensamiento que definen cómo debe operar una sociedad y de acuerdo a qué principios (Gilpin, 1987: 25). ¿Podemos argumentar que la división entre partidos está determinada por filosofías intelectuales diferentes, o más precisamente por nociones teóricas de cómo debería funcionar una sociedad o por puntos de vista divergentes de cómo funciona la sociedad? Por consiguiente, ¿qué políticas económicas o sociales tienen la capacidad de transformar o alterar la sociedad? ¿Son los partidos elegidos por un sector representativo de la población o por una clase social específica? Daalder (1966) y Sartori (1968: 155) advierten que relacionar los partidos políticos con las clases sociales es insuficiente, porque impide la introducción de una teoría pluralista del conflicto. La evidencia empírica revela que la religión, la nacionalidad y la etnicidad tienen igual propensión a polarizar la sociedad. Daalder (1966: 87) sostiene que los partidos intentan presionar desde distintos flancos, a fin de contrarrestar las tendencias hacia el incremento de la polarización (Rokkan, 1966; Dahl, 1989).

Cuando se examinan los casos sudamericanos, es posible remontarse a un análisis general cualitativo de los sistemas de partidos (ver, por ejemplo, Daalder, 1966; Mair, 1990). Sin embargo, el estudio de los sistemas de partidos sudamericanos necesita enfocarse en cómo los partidos expresan las divisiones sociales; y más precisamente en cómo afrontan las fracturas existentes y cómo las representan. El análisis de los sistemas partidarios en América del Sur y cómo expresan las fisuras tendrá lugar en dos etapas: primero, compararé variantes opuestas de sistemas bipartidistas, usando los casos de Uruguay y Jamaica como ejemplos, y también compararé variantes opuestas de multipartidismo, utilizando a Surinam y Venezuela como modelos empíricos. La segunda parte del análisis se centrará en las comparaciones y desviaciones observadas en los cuatro casos. Al final del análisis, desarrollaré el postulado central del artículo.

### *Sistemas bipartidistas: Jamaica y Uruguay*

El sistema político uruguayo nació de la tradición caudillista y tiene 150 años de antigüedad. Aunque tanto el partido Blanco como el Colorado son de derecha, el primero es más conservador. El sistema de partidos uruguayo mostró

en el pasado la más significativa fractura social, que es la del tipo urbano-rural (González, 1991: 14). Los partidos Blanco y Colorado se alternaron en el poder hasta hace muy poco, cuando un cambio electoral impulsó al Frente Amplio (FA) hacia el remolino del poder. El surgimiento del FA como partido gobernante transformó al sistema bipartidista en uno de “dos partidos y medio” (Luna, 2008). Desarrollos recientes en Uruguay muestran un drástico cambio en la concentración del poder; el panorama político se ha alterado en el transcurso de un mandato de cinco años. En 1999, el partido Colorado logró 51.59% de los votos, y en 2004, el FA obtuvo 50.45%, relegando a los colorados al tercer lugar con 10.36%<sup>3</sup>. Luna (2008: 1) atribuye la victoria del FA a su habilidad para estimular una “compleja transición de un partido urbano de masas y centro izquierda a una organización electoral profesional crecientemente atractiva para distintos sectores”. El triunfo del FA ha balanceado el espectro político uruguayo, vigorizando a la izquierda hasta llegar a ponerla en equilibrio con una fuerte derecha.

En contraste, el sistema de partidos jamaicano es de perfecto tipo bipartidista, creado de acuerdo al modelo británico. Las fracturas no se registran en el eje izquierda-derecha (a diferencia del sistema británico de partidos de clase). Ambos partidos atraen grupos de distinto signo y obtienen su apoyo de un amplio espectro de la población, y políticamente están situados en el centro-izquierda (ver también Edie, 1991). Los partidos políticos jamaicanos son clientelistas y no tienen bases programáticas (Kirchheimer, 1966). Tanto el JLP como el PNP se apoyan en militantes de base muy comprometidos, provenientes en su mayoría de las masas populares. En el pasado, estos militantes fueron utilizados por sus líderes en luchas callejeras, sea para defender o reclamar territorios políticos. La distribución del poder entre los dos partidos es equilibrada; desde la introducción del sufragio, ambos se han alternado en el gobierno (el PNP ganó 8 elecciones desde 1944 y el JLP, 6)<sup>4</sup>.

A primera vista, uno podría argumentar que el sistema partidista jamaicano es más democrático que el de Uruguay, porque nunca fue presa de fuerzas desleales. Sin embargo, si se consideran y comparan los recientes desarrollos políticos de crisis y caos político, el argumento debería matizarse. Uruguay ha estado en una serie de crisis económicas tras el fracaso de las políticas de sustitución de importaciones de los años cincuenta, que incrementaron la pobreza y el desempleo a niveles gigantescos desde los años sesenta en adelante. El surgimiento de la insurgencia izquierdista desestabilizó el país y reveló su debilidad institucional y política. Eventualmente, ese movimiento fue el precursor del régimen militar que gobernó con la ayuda de los partidos tradicionales

<sup>3</sup> <http://pdba.georgetown.edu/Elecdata/Uruguay/pres94.html>; consultado el 17 de junio de 2008.

<sup>4</sup> <http://pdba.georgetown.edu/Elecdata/Jam>; consultado el 9 de julio de 2008.

desde 1972 hasta 1986. El plebiscito de 1986, promovido por los gobernantes militares y ganado por la oposición democrática, proporcionó a los partidos Blanco y Colorado la necesaria legitimidad y confianza política sustancial para allanar el camino de la democratización y de la maduración de las arenas política y social (Linz y Stepan, 1996: 153). Linz y Stepan (*ibid*; 156) atribuyen la maduración política uruguaya al “aprendizaje político”: los ciudadanos aprenden de los conflictos previos y cambian su comportamiento electoral para alterar la composición del parlamento (Lipset y Rokkan, 1967).

El sistema político jamaicano también ha madurado en periodos recientes, debido a que los dos partidos principales han dejado de utilizar a sus bases para reclamar territorio político por medio de la violencia callejera y han abierto sus más altos rangos a nuevos candidatos a cargos públicos. La violencia política ha adoptado una nueva forma, y es actualmente, la mayor amenaza para la democracia en el país<sup>5</sup>. La principal debilidad del sistema de partidos de Jamaica es su rigidez y su incapacidad para incorporar a nuevos partidos que se establezcan como contendientes de importancia en la arena política. La inmovilidad del sistema político del país es resultado de la forma en que los partidos gobernantes manejan los recursos del Estado con propósitos clientelistas y partidistas. Edie (1991, 47)<sup>6</sup> escribe que “el clientelismo es el ancla en la cual descansa la democracia participativa de Jamaica”.

### *Multipartidismo en Surinam y Venezuela*

La analogía entre los sistemas multipartidistas surinamés y venezolano depende del hecho de que ambos funcionan (funcionaron) como bipartidistas, debido a una desigual distribución del poder. Esto, en un sistema multipartidista, tiene fuertes correlaciones con la concepción del “criterio numérico” de Sartori (1976: 319), que está basada en tres preguntas: 1) cuáles partidos tienen potencial de coalición, 2) cuáles son significativos y 3) cuáles tienen potencial para ejercer coerción y poder de maniobra sustancial para amenazar el *statu quo*. Por ejemplo, el sistema de partidos venezolano anterior a 1989 es calificado por Ellner (2003, 8) como “bipartidista con mínima diferenciación ideológica”. Los dos partidos mayoritarios, Acción Democrática (AD) y COPEI, gobernarón por medio del Pacto de Punto Fijo (1958), que fue un acuerdo político de facto que estipulaba el reparto del poder y el consenso entre elites diferentes basado en el petróleo como primera fuente de riqueza nacional (*ibid*). Tanto AD como COPEI fueron partidos atrapa-todo, sin una ideología política claramente definida que atrajese a segmentos diferenciados de la sociedad. Partidos de izquierda más pequeños fueron a menudo incorporados a las estructuras

<sup>5</sup> Ver Ayers, 1998; [www.Worldbank.org](http://www.Worldbank.org), consultado el 9 de julio de 2008.

<sup>6</sup> Ver también [www.heritage.org/Index/country.cfm?id=Jamaica](http://www.heritage.org/Index/country.cfm?id=Jamaica), consultado el 9 de julio de 2008.

de toma de decisiones, prácticas inclusivas que reforzaron el sistema político (ibid)<sup>7</sup>. Según Ellner (2003: 7), la democracia venezolana funcionaba “casi perfectamente”, aunque esto sólo implicaba que el país satisfacía los *criterios teóricos* de una democracia consolidada.

Una mirada más próxima al sistema revela que hasta 1989 la concentración del poder estaba centrada en AD y COPEI, mientras grandes segmentos de la clase baja venezolana estaban desorganizados, pobres y excluidos del gobierno, en momentos en que el constante flujo de ganancias del petróleo enriquecía a las clases media y alta. No obstante, fue la incapacidad de AD y COPEI para brindar soluciones programáticas a las crisis económicas, que continuaron diezmando a la sociedad venezolana durante el caos financiero de los años ochenta, lo que condujo eventualmente al fracaso del sistema de partidos (Gilpin, 1987). Los resultados de la elección de 1993 dejaron al descubierto la profundidad de la crisis política y la parálisis de los partidos tradicionales. El electorado clamó por un liderazgo fuerte y por medidas drásticas contra la pobreza y las políticas neoliberales (López Maya, 2003). Los votantes eligieron al líder individual que podría atraer e interesar a la mayoría. Los comicios de 1998 sellaron la ruina del sistema y revelaron la magnitud de su decadencia. Después de ese año, los partidos políticos ya no importaban, y líderes populistas fuertes como Hugo Chávez –que organizaron a las víctimas del neoliberalismo en movimientos de base nuevos y que fueron capaces de incitar a las masas desorganizadas con promesas de una economía mejor– ganaron las elecciones.

En contraste, el multipartidismo surinamés es el legado del colonialismo holandés y de su paradigma sobre el reparto del poder y la sociedad plural (Lijphart, 1968). El multipartidismo en Surinam es un fenómeno complejo que refleja profundos antagonismos históricos y raciales. Los partidos étnicos tradicionales carecen de una ideología bien definida, y su apoyo deriva del uso de la lucha racial para polarizar y reclamar territorio político. El poder está disperso entre diferentes líderes étnicos que hacen campaña en regiones étnicamente homogéneas (Sedney, 1997; Adama, 2006). El escenario político es bastante fragmentario y volátil. El número de partidos oscila entre aproximadamente 10 (elecciones de 1996) y más de 20 (elección de 2000)<sup>8</sup>, pero sólo los más fuertes –con una base electoral igualmente poderosa o con potencial de coalición y coerción sustanciales– juegan un papel influyente en el terreno político (Sartori, 1976; Adama, 2006). Las coaliciones en este país son inherentemente inestables y proclives a la deserción. La distribución del poder y la maquinaria

---

<sup>7</sup> Para mejores ejemplos ver el papel de los partidos comunistas italiano y francés; Sartori (1976: 321); y el papel de los nacionalistas surinameses en la consecución de la independencia en 1975 (Dew, 1977), así como el del Partido Laboralista de Surinam con fuertes conexiones con las organizaciones sindicales (Adama, 2006), pero también el papel del Frente Amplio en los ochenta (Linz y Stepan, 1996).

<sup>8</sup> <http://pdba.georgetown.edu/Elecdata/Sur/pres05.html>; consultado el 12 de marzo de 2008.



para la negociación que construye las coaliciones, paradójicamente fragmenta, divide y obstaculiza el surgimiento de partidos multiétnicos de bases amplias y con influencia (Reilly, 2003)<sup>9</sup>. El número de partidos que generalmente compiten en coalición fluctúa entre los 4, después de las elecciones de 2000, y 12, después de las de 2005<sup>10</sup>. Los partidos étnicos tradicionales han entrado en las elecciones desde los años cincuenta como un bloque político gigante, dejando poco espacio para que los más pequeños y con base ideológica, sea de izquierda o de derecha, se convirtiesen en contendientes importantes en la arena política (ver, por ejemplo, Dew, 1978, y Sedney, 1997).

El multipartidismo en Venezuela y Surinam, más que nada, estimuló y creó espacio para el elitismo y el corporativismo políticos. Ambos sistemas teóricamente poseían una “cultura política casi perfecta”, que estableció los fundamentos de las “reglas con las cuales se participaba en el juego político” (Almond y Verba, 1983; Ellner, 2003; Adama, 2006). En Venezuela, los partidos políticos pudieron mantener el equilibrio político con base en la proporcionalidad, la institucionalización y el aprendizaje político (Ellner, 2003). En cambio, el consenso surinamés tiene como propósitos esenciales la distribución del poder y la adquisición tanto de recursos estatales como de bienes escasos, a fin de mantener relaciones clientelistas con las bases. El sistema de partidos venezolano era intrínsecamente frágil. El panorama político surinamés siempre ha sido volátil y golpeado por las crisis, pero antes de la independencia en 1975, el sistema colonial holandés impidió el colapso. Después de la independencia, la democracia dio vueltas en espiral hacia abajo, debido a que algunas fuerzas desleales entraron en la arena política, llevando a la ruptura del frágil sistema de partidos. Esta situación condujo al golpe militar de 1980. El movimiento de los militares estuvo directamente relacionado con la inercia política y la incapacidad de los partidos para buscar soluciones a la aguda crisis económica y social.

En Venezuela, el “caracazo” de 1989 marcó la desintegración del sistema de partidos. Ellner (2003: 14) argumenta que los eventos posteriores al caracazo no se relacionan con el colapso total del modelo de consenso, sino que son parte de un constante proceso de democratización. Este artículo no está de acuerdo con la explicación de Ellner, y sostiene que los eventos que llevaron al resquebrajamiento del sistema partidista venezolano, simplemente mostraron la debilidad, la inercia y el fracaso del mismo para funcionar bajo condiciones menos que perfectas.

---

<sup>9</sup> La población surinamesa la constituyen indostanés (de la India), creoles (de origen mixto en África y Europa), javaneses (de Indonesia), marrones (antes esclavos), chinos, nativos, libaneses, sirios y europeos.

<sup>10</sup> *Ibid.* 6; ver también Sedney (1997: 172 y ss.), con un panorama de los resultados electorales, empezando con los primeros comicios después del derecho al sufragio en 1949.

*Surinam, Jamaica, Venezuela y Uruguay: un análisis comparativo*

Con base en experiencias políticas recientes y el análisis comparativo de los cuatro países aquí abordados, encontré las siguientes similitudes: 1) partidos atrapa-todo o partidos de integración de masas (Kirchheimer, 1966: 50): el PNP y el JLP en Jamaica; el Blanco, el Colorado y el FA en Uruguay, y COPEI y AD en la Venezuela de antes de Chávez; y 2) movimientos políticos de base con estrechos vínculos con los militares que ganan ímpetu después de crisis políticas: Chávez y el MVR<sup>11</sup> en Venezuela, el Nationale Democratische Party (Partido Democrático Nacional) en Surinam, y el FA en Uruguay.

Los partidos étnicos tradicionales en Surinam no entran en estas categorías; ellos son, en mi opinión, de representación individual con características de partidos de masas. Las principales características de este tipo de institutos políticos son su ámbito restringido y su limitado grado de participación (Neumann, 1956: 47). La clara descripción de Neumann se corresponde fuertemente con las organizaciones de cuadros del siglo XIX, que reclutaban a notables para ocupar cargos públicos. La tipología de Neumann se relaciona con la manera en que los partidos funcionan dentro de una constelación democrática inmadura o con la forma en que ellos se comportan durante las crisis políticas. La realidad de los partidos de Surinam, Jamaica y Venezuela pre-Chávez es que son baluartes oligárquicos cerrados, que sólo vuelven la mirada hacia sus bases durante los procesos electorales, permaneciendo inactivos o centrados en sus asuntos internos en el ínterin (Adama, 2006)<sup>12</sup>.

En la historia reciente, Uruguay utilizó sus experiencias con un régimen antidemocrático para transformar sus estructuras elitistas de distribución del poder. El predominio político del centro-derecha fue destruido por la alternativa de nueva izquierda del FA, que se opuso a las reformas neoliberales y representó a los perdedores de este modelo económico (Luna, 2008: 3). El movimiento de Chávez en Venezuela también representó a los perdedores del neoliberalismo, con la clara diferencia de que su movimiento convirtió a Venezuela en un virtual sistema de partido único. La diferencia entre Venezuela y Uruguay es que las crisis profundas de liderazgo y la inercia partidista en el primer país allanaron el camino para que fuerzas no democráticas y aprendices políticos se instalaran

---

<sup>11</sup> El Movimiento Quinta República (MVR) es el más grande de los que apoyaron la candidatura de Chávez en las elecciones de 2000 y 2006. Otros ejemplos de movimientos que le dieron su apoyo son el Movimiento al Socialismo (MAS), Partido Comunista Venezuela (PCV), Izquierda Socialista, Independientes por la Comunidad Nacional (IPCN), Acción Agropecuaria, Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), y Gente Emergente. Fuente: <http://pdba.georgetown.edu/Elecdata?Venezuela>; consultado el 12 de marzo de 2008.

<sup>12</sup> Ver también Diamond (1999: 8) y sus argumentos respecto a las democracias electorales, que tiene fuertes correlaciones con Neumann. La diferencia es que Diamond considera la forma en que la democracia es definida.

en el poder, mientras en Uruguay el sistema maduró y dejó un margen para que la izquierda se convirtiese en parte leal del sistema político.

En Jamaica y Surinam las políticas del neoliberalismo también generaron perdedores pero los efectos fueron distintos. En el primer país, la gente se cambió de un partido a otro, pero sin salirse del sistema partidista en su búsqueda de una solución al empantanamiento. Desde la extensión del derecho al sufragio en 1944, los resultados de los comicios en Jamaica muestran patrones cíclicos de alternancia entre el partido más conservador (JLP) y el más progresista (PNP). Esta fluctuación está determinada, en parte, por la satisfacción o insatisfacción de los electores respecto al estado de la economía. La polarización en Jamaica es profunda, pero paradójicamente no se expresa en fracturas políticas tradicionales (Edie 1991; Stone 1986). El clientelismo jamaicano permea todos los ámbitos de la sociedad; todos los grupos sociales dependen de agencias nacionales e internacionales con recursos (Eddie 1991).

En Surinam, el sello del descontento del electorado se revela en la votación por un partido disidente. La división de los tradicionales partidos étnicos significa insatisfacción del electorado; pero más abiertamente, significa la insatisfacción de los miembros de segundo nivel del partido respecto al *statu quo* existente y a la distribución de bienes y empleos dentro del sistema de patronazgo político<sup>13</sup>. En Surinam, el patronazgo penetra todos los ámbitos de la sociedad y obstaculiza la aparición de una batalla política que reflejen las verdaderas relaciones sociales (ver, por ejemplo, Lipset y Rokkan, 1967). La diferencia entre Surinam y Jamaica radica en que en el primero las fuerzas desleales tienen mejores oportunidades para ganar ímpetu.

Venezuela ilustra cómo el declive del sistema de partidos tradicional conduce al surgimiento del populismo y de hombres fuertes como Hugo Chávez. El caso venezolano también ejemplifica lo que puede traer aparejado en la práctica el fracaso del sistema de partidos en la búsqueda de la “moderación pragmática” y de la renovación del liderazgo (Luna, 2008: 2; Levitsky y Cameron, 2003). En cambio, una mayor madurez de la democracia en Uruguay debilitó los efectos del caudillismo, el patronazgo y el clientelismo, pues para lograr apoyo electoral los partidos tienden a apoyarse más en ideologías políticas y en políticas económicas, y menos en apelaciones monolíticas (Lagos, 2008: 113; Welzel e Inglehart, 2008: 130).

## Conclusión

Este artículo analizó los sistemas de partidos en América del Sur colocándolos en el marco de la distribución del poder, la representación y la agregación de demandas. Todas estas variables fueron usadas para discernir

<sup>13</sup> Ver [www.dwtonline.com](http://www.dwtonline.com), consultado el 20 de agosto de 2007.

si los sistemas bipartidistas eran más proclives a generar estabilidad política que los multipartidistas. El documento exploró cuatro sistemas partidarios y variantes correlativas tales como una posición geográfica similar y experiencias histórico-políticas parecidas. Escogí analizar el papel de los sistemas de partidos en correlación con la democratización, a fin de encontrar variantes opuestas respecto al funcionamiento de los cuatro sistemas seleccionados.

En Surinam, encontramos que el reparto del poder se usa para formar coaliciones étnicas de base amplia y para crear una maquinaria negociadora que ayude a sostener el patronazgo; en la Venezuela de antes de Chávez, encontramos patrones similares a los de Surinam, con la diferencia de que la distribución del poder era una garantía para la estabilidad democrática. En Jamaica y en Uruguay, la alternancia de los partidos en el gobierno y el reparto del poder se refleja en otras arenas. En el caso jamaicano, observé poca evidencia empírica que respalde la existencia de reparto del poder fuera del ámbito político. Edie (1991, 49) escribe que "...el poder está estrechamente controlado por una élite cerrada en la cúspide de la jerarquía partidaria". Datos actuales de Uruguay muestran que los esfuerzos por distribuir el poder y buscar terrenos políticos intermedios son parte de un proceso sociopolítico en marcha (ver Luna, 2008: 23). Ambos, Surinam y Venezuela, revelan que el multipartidismo es más proclive a la fragmentación, agotamiento y desequilibrio político porque, en general, los partidos tienen mayor dificultad para ejercer y mantener el consenso (Rabuska y Shepsel 1972)<sup>14</sup>. Surinam y la Venezuela anterior a Chávez demuestran, adicionalmente, que el multipartidismo en combinación con pactos políticos puede impedir la consolidación democrática, porque el sistema sufre de una inherente falta de transparencia. Los sistemas políticos, además, son zonas de reproducción del elitismo y el corporativismo. En el caso de Surinam, ambos obstaculizaron la democratización. Después de que se instauró el derecho al sufragio en 1949 y del periodo militar, cuando en 1987 la democracia fue restaurada por un plebiscito, poco se hizo para fortalecer otras áreas que podrían haber ayudado a vigorizar estructuralmente la democracia (Linz y Stepan, 1996).

Con base en un análisis superficial de, por ejemplo, los Estados Unidos y el Reino Unido, se podría argumentar que los sistemas bipartidistas tienen mayor propensión a expurgar fuerzas desleales. Es más fácil manejarse con un sistema bipartidista cuando se trata de asuntos como la compartición del poder, la representación de intereses y la agregación de demandas. Jamaica, por ejemplo, no ha estado nunca en condiciones cercanas al autoritarismo, mientras Uruguay, comparado con –por ejemplo– Surinam, pudo restaurar la democracia a un ritmo relativamente acelerado después del plebiscito de 1985, porque los intereses en juego estaban menos fragmentados.

---

<sup>14</sup> Ver también Sartori (1976; 348).

El análisis profundo de las variantes contrastantes entre los cuatro países, sin embargo, muestra que la suposición de que los sistemas bipartidistas tienen más potencial para la estabilidad política necesita modificaciones. Los sistemas de partidos requieren poder de maniobra y apoyo sustancial de otros ámbitos sociales, económicos y judiciales para generar una moderación programática, que ayude a reducir la pobreza y a empezar la reforma social (Mair, 1990; Luna, 2008). Surinam y Jamaica fracasan consistentemente al enfrentar la pobreza y el desempleo. Los votantes en Jamaica cambian sus preferencias del PNP al JLP y viceversa, insatisfechos con la alternativa, pero desprovistos de una opción política real (Stone, 1986)<sup>15</sup>. En Surinam, el gobierno obstaculiza constantemente la entrada de otras fuerzas al proceso de toma de decisiones (Luna, 2008). En Venezuela, la administración de Chávez ha implementado un plan socialista al estilo cubano para reducir la pobreza usando los ingresos generados por el petróleo para la creación de empleos y la distribución de alimentos. La población, sin embargo, sigue dependiendo del patronazgo para su sobrevivencia diaria<sup>16</sup>.

Este artículo concluye que los sistemas de partidos deben ser capaces de auspiciar moderación programática, aprender de las experiencias políticas pasadas, compartir la responsabilidad por las decisiones tomadas, reconocer el estatus de la oposición, y tener sustancial voluntad política para introducir proporcionalidad, así como la habilidad de incorporar organismos y centros de estudios que inicien debates. Tales medidas para fortalecer la democracia evitarán, en última instancia, el rápido deterioro del sistema de partidos cuando éste resulte atacado.

## Bibliografía

- Adama, Natascha, 2006: *In the Name of Holy Friendship: A Marriage of Convenience: The Influence of Ethnicity on the Development of Politics and the Economy in Suriname* (tesis doctoral no publicada), Leiden, Holanda.
- Almond, Gabriel, y Sidney Verba, 1965: *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Boston, Little, Brown and Company, Estados Unidos.
- Ayers Robert L., 1998: *The International Bank for Reconstruction and Development*, The World Bank, Washington D.C.
- Daalder, Hans, 1966: "The Reach of the Party System", en Peter Mair (ed.), 1990: *The West European Party System*, Oxford University Press, Oxford (pp. 78- 90).
- Demmers, J., et al. (eds.), 2001: *Miraculous Metamorphoses: The Neoliberalization of Latin American Populism*, Zed Books, Londres y Nueva York.

<sup>15</sup> Ver también la Base de Datos Electorales en línea de la Universidad de Georgetown.

<sup>16</sup> *The Economist*, 10-16 de julio de 2004, pp. 45-46.

- Dew, Edward, 1978: *The Difficult Flowering of Suriname: Ethnicity and Politics in a Plural Society*, Martinus Nijhof, La Haya.
- Diamond, Larry, 1999: *Developing Democracy: Toward Consolidation*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres.
- Duverger, Maurice, 1954: "The Two-Party System and the Multiparty System", en Peter Mair (ed), 1990: *The West European Party System*, Oxford University Press, Oxford (pp. 285-315).
- Edie, Carlene J., 1991: *Democracy by Default: Dependency and Clientelism in Jamaica*, Lynne Rienner Publ., Boulder.
- Ellner, Steve, 2003: "The Contrasting Variants of the Populism of Hugo Chávez and Alberto Fujimori", en *Journal of Latin American Studies*, 35, Cambridge University Press (pp. 139-162).
- González, Luis E., 1991: *The Political Structure of Democracy in Uruguay*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana.
- Lagos, Marta, 2008: "The Democracy Barometers: Latin America Diversity of Views", en *Journal of Democracy*, Vol.19, núm. 1, National Endowment for Democracy y The Johns Hopkins University Press (pp. 111-125).
- Kirchheimer, Otto, 1966: "The Catch-All Party", en Peter Mair (ed.), 1990: *The West European Party System*, Oxford University Press, Oxford (pp. 50-60).
- Levitsky, Steven, y Maxwell A. Cameron, 2003: "Democracy without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori's Peru", en *Latin American Politics and Society*, distribuida por Blackwell Publishing para el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Miami, vol. 45, núm. 3, otoño (pp. 1-33).
- Linz, Juan J., y Alfred Stepan, 1996: *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America and Post-Communist Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Lipset, Seymour Martin, y Stein Rokkan. 1967: "Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments", en Peter Mair (ed.), 1990: *The West European Party System*, Oxford University Press, Oxford (pp 92 – 138).
- Lijphart, Arendt, 1977: *Democracy in Plural Societies: A Comparative Exploration*, Yale University Press, New Haven.
- López Maya, Margarita, 2003: "The Venezuelan Caracazo of 1989: Popular Protest and Institutional Weakness", en *Journal of Latin American Studies*, 35, Cambridge University Press (pp. 117-137).
- Luna, Juan Pablo, 2008: "Frente Amplio and the Crafting of a Social Democratic Alternative in Uruguay", en *Latin American Politics and Society*, 49: 4 (pp. 1-30).
- Mair, Peter (ed.), 1990: *The West European Party System*, Oxford University Press, Oxford.
- Neumann, Sigmund, 1956: "The Party of Democratic Integration", en Peter Mair (ed.), 1990: *The West European Party System*, Oxford University Press, Oxford (pp.46 -49).

- 
- Rabuska, Alvin, y Kenneth A. Shepsle, 1972: *Politics in Plural Societies: A Theory of Democratic Instability*, Charles E. Merrill Publishing Company, Columbus, Ohio.
- Reilly, Benjamin, 2003: "Political Engineering of Parties and Party Systems", presentado a la 2003 Annual Meeting of the American Political Science Association. Recuperado en el sitio de internet de la American Political Science Association.
- Sartori, Giovanni, 1976: "A Typology of Party Systems", en Peter Mair (ed.), 1990: *The West European Party System*, Oxford University Press, Oxford (pp.318-349).
- Simmel, Georg, 1955: *Conflict and The Web of Group – Affiliations*, traducido al inglés por Kurt H. Wolf y Reinhard Bendix, The Macmillan Company, The Free Press, Nueva York.
- Stone, Carl, 1986: *Class, State and Democracy in Jamaica*, Praeger Publishers, Nueva York, Connecticut y Londres.
- Sedney, Jules, 1997: *De toekomst van ons verleden: democratie, etniciteit en politieke machtsvorming in Suriname*, Vaco N.V., Uitgeversmaatschappij, Paramaribo, Surinam.
- Welzel, Christian, y Ronald Inglehart, 2008: "The Role of Ordinary People in Democratization", en *Journal of Democracy*, vol.19, núm. 1, National Endowment for Democracy y The Johns Hopkins University Press (pp. 126- 140).
- "Venezuela's referendum campaign: Chávez' s mission to get out the vote", en *The Economist*, 10-16 de julio de 2004.